

dian sufrir su presencia: no habia energúmeno que no quedase librado á la menor insinuacion de su voluntad: las olas se endurecian debaxo de sus pies: el mar, los vientos, las tempestades todo obedecia á su voz: los cielos, la tierra, los infiernos todo cedia, todo estaba sujeto á sus órdenes: al menor de sus preceptos toda la naturaleza olvidaba su armonía, sus reglas y sus leyes: mandaba á todas las criaturas, no como oficial subalterno, ni tampoco como ministro del Altísimo, sino como dueño absoluto, y con un pleno y supremo poder: en todo obraba como Dios-Hombre. Si resucitaba los muertos y curaba todas las enfermedades, era en su propio nombre: cuando hacia milagros, no suplicaba sino mandaba: todos los milagros que obraba, tenian un carácter de autoridad soberana que le era personal: este poder supremo no le era extraño, ni le venia de afuera: hablaba el lenguaje de los hombres; pero obraba como Dios. Un Elías, un Eliseo y otros muchos grandes profetas habian hecho milagros; pero haciéndolos, habian hecho ver que solo eran ministros de la autoridad suprema. Solo Jesucristo obra con autoridad propia en cuantos prodigios hace: *Levantáos*, dice á los muertos, *yo os lo mando: sanad*, dice á los que iban á espirar, *yo soy quien os lo dice*; y cuando hasta los mismos ángeles se contentan con decir al demonio: el Señor exerza su imperio sobre ti; Jesucristo que los echaba de los cuerpos en su propio nombre, habla de una manera mucho mas terminante y precisa: *Sal de ese cuerpo*, dice, *espíritu maligno, yo te lo mando*. Hasta los menores de sus discípulos se hacen obedecer de estos espíritus soberbios desde el punto que les mandan en nombre de Jesucristo.

## §. XV.

*Las maravillas que Jesucristo obra, demuestran que es el Mesías prometido.*

Todos estos prodigios llevaban en sí un carácter demasiado expreso de lo que habia de ser el Mesías para no hacer juzgar á todas las gentes que Jesucristo era el que estaban esperando: hasta los demonios cuando salian de los

cuerpos publicaban que solo el Hijo de Dios podia tener sobre ellos tanto imperio: solo los doctores de la ley y los sacerdotes, como hombres terrenos y carnales, se imaginaban que el Mesías prometido debía volverles, y aun aumentarles su antiguo esplendor: que debía subyugar á sus enemigos, como lo hacen los conquistadores de la tierra: que debía de llenar á los herederos de Jacob de gloria y de riquezas temporales: que debía domar á los gentiles á fuerza de armas, abatir á Roma orgullosa con sus victorias, y repartir sus despojos entre los hijos de Judá. Prevenidos de este error, jamás querian rendirse á unos testimonios tan auténticos y concluyentes. Sordos á la voz de tantos prodigios, desdeñaban el ayre y el porte humilde, y pobre y modesto de Jesucristo; y aun ménos podian sufrir la santidad de su doctrina, la que no les prometia sino bienes espirituales; y ved aquí lo que inflamó en ellos aquella envidia y aquel odio mortal que profesaron siempre contra el Salvador, y aquella porfiada obstinacion en tenerle por un falso profeta; pero no fueron todos tan ciegos ni tan malignos.

Durante la corta mansion que hizo Jesucristo en Jerusalem, hizo muchos discípulos en esta capital: entre los que creyeron en él, uno fue cierto fariseo de los que componian el sanhedrin, ó gran consejo; hombre de talento y de bondad, llamado Nicodémus, respetable entre los judíos, no ménos por su nacimiento, que por su hombría de bien: estaba atónito á vista de los muchos y grandes prodigios que todos los dias obraba el Salvador delante de todo el mundo; pero sabiendo la envidia que los de su secta, hasta los doctores de la ley, habian concebido contra Jesucristo, no se atrevia á declararse públicamente por él; y el respeto humano le detenia de modo, que temia parecer discípulo suyo; vino, pues, á hablarle por la noche, y le dixo ingenuamente: Maestro, no se puede dudar que eres enviado de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él. El respeto humano hizo que un hombre tan respetable entre los judíos, como era Nicodémus, escogiese el tiempo de la noche para ir á tratar con Jesucristo; y este es aún hoy el escollo ordinario de las personas distinguidas en el mundo, y muchas veces aun de la plebe.

¡Cuántas personas por un puro respeto humano temen parecer cristianas!

El Salvador, contemporizando como buen padre con la timidez y flaqueza de este discípulo todavía imperfecto, le recibe con agrado; y se digna ilustrarle é instruirle por sí mismo: *Yo soy enviado, le dice, para enseñar á los hombres el camino del cielo; pero para entrar en el reino de Dios, es decir, para hacer profesion del cristianismo es necesario ser reengendrado, y vivir con una vida del todo nueva.* Tomando Nicodémus esta regeneración y este nuevo nacimiento en un sentido material y á la letra, respondió: *¿Cómo un hombre ya viejo puede volver á nacer?* Jesucristo le hizo entender que esta regeneración era una regeneración espiritual que se hace en el bautismo por la infusión del Espíritu santo, que hace al hombre espiritual, de carnal que era por su primer nacimiento: que en esta renovación espiritual no habia cosa que debiera parecer imposible: que el Espíritu santo se comunica á quien le place; y aunque esto se hace de un modo invisible, sin que sepa por donde entra en su corazón, sin embargo, sabe muy bien hacerse oír, y darse á conocer; y este es el modo cómo se hace esta regeneración espiritual.

Aunque Nicodémus era hombre de penetración, sin embargo, como hasta entonces se habia criado en una escuela que todo lo daba á los sentidos, no podia comprender una doctrina que era todo espiritual: díxole entonces el Salvador, que era cosa vergonzosa el que un doctor de la ley ignorase unas cosas que están tan claramente expresadas en la Escritura. Sobre todo, añadió Jesucristo, los fariseos sois inexcusables en no atenderos á lo ménos á mi testimonio, pues nada os digo que no esté perfectamente informado; pero no hay que extrañar que no me creais cuando hablo el lenguaje del cielo, pues no me quereis creer aun en las cosas mas palpables, y que nadie debe ignorar: si no me creis cuando hablo el lenguaje de la tierra; ¿como me creéis cuando hablo el lenguaje del cielo?

Habiendo este divino Maestro preparado así aquel espíritu todavía novicio en la ciencia de los santos, le dió una noción muy clara de la divinidad, de su encarnación,

y de la necesidad de su muerte para la salvación de los hombres; debeis creerme, añadió el Señor, porque mi doctrina, aunque tan sublime, es verdadera; pues la he aprendido en el seno de la misma divinidad. Ninguno ha subido al cielo, sino el que baxó del cielo; solo el Hijo del hombre puede daros una perfecta noticia de las cosas del cielo; pues siendo verdadero hijo de Dios, solo él ha estado en el cielo: él es el que sin dexar el cielo, en donde está siempre por razón de su divinidad, se ha hecho visible sobre la tierra, haciéndose hombre para enseñar á los hombres las verdades de la salvación. Yo sé, continuó el Salvador, que siendo estas verdades tan sobre la capacidad del espíritu humano, encuentran al presente pocos espíritus dóciles; y hasta que yo muera, no abrirán los hombres los ojos á la verdad. Pero así como Moyses levantó en lo alto la serpiente de metal en el desierto por orden de Dios, atándola en lo alto de una pértiga para que todos los que la mirasen tuviesen en élla un remedio seguro, así el Hijo del hombre, de quien era figura aquella misteriosa serpiente, debe ser levantado, es decir, debe ser clavado en una cruz, para curar las heridas del pecado, y por consiguiente para curar la ceguedad espiritual de que el pecado es la principal causa, y para salvar á los que creyeren en él; porque de tal modo ha amado Dios al mundo, que le ha dado su unigénito hijo, para que todos los que creen en él no perezcan, sino que consigan la vida eterna. Este es el fin que se propuso mi Padre enviando su hijo: podia condenar á los hombres á las justas penas que merecian sus pecados; sin embargo, me ha enviado á mí para ponerlos á todos en estado de salvarse; de suerte, que si algunos se perdieren, se perderán solo por su culpa, y contra la voluntad sincera que tiene Dios de salvarlos á todos. ¿Quién mas inexcusable que aquel que á mediodía se precipita en un hoyo por no haber querido abrir los ojos á la luz? Ha venido la luz que alumbrá á todo hombre que viene al mundo; alumbrá y luce, y sin embargo, los hombres aman mas las tinieblas que la luz: ¿que hay que extrañar, pues, si su ceguedad voluntaria los precipita en las últimas desdichas? Este razonamiento fue como un resumen de toda la religion de su doctrina: comprendió muy bien Nicodémus

toda la santidad de la religion que venia Jesucristo á establecer; y así se le unió inviolablemente, le siguió sin apartarse jamás de él, y no dudó ya que el que le hablaba era el Mesías.

## §. XVI.

*San Juan da testimonio de Jesucristo.*

**H**abiendo salido el Salvador de Jerusalem despues de acabada la fiesta, volvió con sus discípulos á las riberas del Jordan: es verisímil que les dió por su mano el nuevo bautismo, de que el de Juan no era sino una sombra; y que les dexó el cuidado de bautizar á los que de todas partes venian á él. Los discípulos de Juan, que bautizaban en Enon, junto á Salím, fueron á decirle que Jesus bautizaba tambien al otro lado del rio, y que todo el mundo corría á él: Me alegro, respondió el Precursor, es mucha razon que se dexé al arroyuelo, y se vaya á la fuente: yo no tengo nada que no lo haya recibido de él: él es el esposo, y yo solo soy el parainfo; esto es, el amigo del esposo que lleva la esposa: es necesario que él crezca, añadió, y que yo disminuya: vosotros sois testigos que yo he dicho, que no soy yo el Cristo del Señor, sino que soy enviado delante de él. ¿No debo, pues, alegrarme de que todo el mundo le reconozca por lo que es, y le siga? Él ha baxado del cielo, y yo no he salido sino de la tierra: el que viene del cielo es sobre todos, y su language es todo celestial: el que viene de la tierra es terreno, y su language es asimismo terreno: el que viene del cielo es sobre todos; y por mas sublime y superior que sea su doctrina á nuestras débiles luces, debe ser creído, pues no dice sino lo que ha visto, y lo que ha oido. Ay de aquel que no recibiere su testimonio! Porque el que Dios ha enviado, dice las mismas cosas que Dios, pues Dios no le comunica su espíritu con reserva. El Padre ama al Hijo; y ha puesto en su mano todas las cosas: el que cree en el Hijo posee la vida eterna; pero el que no quiere creer en él, será eternamente maldito de Dios, y la ira de Dios no se apartará jamás de él (*Joan. 2.*).

Este fue el testimonio público y auténtico que dió Juan

de la divinidad de Jesucristo á todos sus discípulos pocos dias antes de su prision. No pudiendo este pregonero de la verdad y de la justicia dexar de clamar contra el escándalo público que daba Heródes Antipas, el cual se habia casado con su cuñada Herodías, viviendo todavía su hermano Filipo; esta impía hembra se la juró al santo Predicador, é importunó tanto con sus solitudes é instancias á Heródes, que aunque este príncipe respetaba á Juan Bautista; le hizo prender con el pretexto de que traía demasiada gente á su bautismo; pero la verdadera causa era porque san Juan decia claramente que no le era permitido á Heródes tener por muger á la muger de su hermano, y que esto era un escándalo público. Sabiendo el Hijo de Dios la mala voluntad que le tenían los fariseos, y previendo que podrian inducir á Pilato, gobernador de la Judea, á hacerle prender baxo el mismo pretexto, pues todavía iba mas gente á oírle que jamás habia ido á oír á san Juan, salió de Judea; y volviendo á Galilea por Samaria, y sintiéndose fatigado, se sentó en el brocal de un pozo, que se llama la fuente de Jacob, distante algunos centenares de pasos de la ciudad de Sicar, hoy Napelusa; pero en este pararse á descansar tenia ménos parte el cansancio, que el zelo de la salvacion de las almas.

## §. XVII.

*La conversion de la Samaritana.*

**A**guardaba allí el Salvador á una muger de una condicion demasiado baxa, pero gran pecadora, que habia de venir á aquel pozo á sacar agua: en efecto, mientras que los discípulos del Salvador iban á la ciudad á comprar que comer, fué la muger á sacar agua del pozo; era la tal de la secta de los samaritanos, enemigos declarados de los judíos. Estas dos naciones se tenían un odio recíproco. Habiéndola pedido Jesus de beber, conoció facilmente que era judío; y le dixo, que extrañaba mucho que un judío pidiese de beber á una muger samaritana; pero Jesus la respondió con la modestia y mansedumbre que acostumbra: Si conocieras el don con que Dios te favorece, y quién es el que te pide de beber, quizá tú le hubie-

ras pedido primero que apagara tu sed, y él te hubiera dado una agua viva. Tomando la muger estas palabras á la letra, le dixo á Jesus: Señor, si tú no tienes con que sacar el agua, y el pozo está hondo, ¿dónde tienes esa agua viva? ¿Acaso eres mas poderoso que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo? Cualquiera que bebiere del agua de este pozo, respondió el Salvador, tendrá todavía sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá jamás sed, y el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna.

Dame de esa agua, Señor, replicó la muger, para que jamás tenga sed, ni me vea en precision de venir mas á sacarla de este pozo. Anda, la dixo Jesus, llama á tu marido, y vuelve. No tengo marido, respondió el Salvador; porque has tenido cinco, y el que ahora tienes no es tu marido. A estas palabras quedó corrida la muger; y queriendo desviar con arte una conversacion que no era de su gusto, le dixo: Me parece que eres profeta; y pues estás tan ilustrado, te ruego me digas: siendo así que nuestros padres los patriarcas adoraron sobre el monte Garicín donde nosotros tenemos nuestro templo; ¿de dónde viene que vosotros los judíos os encaprichais en decir que Dios quiere ser adorado en el templo de Jerusalem? Entónces Jesus, sin inmutarse, se aprovechó de esta ocasion para enseñarla una gran verdad, y disponerla á recibir las luces del evangelio; díxola pues: Mugger, ha llegado el tiempo en que vosotros no adoraréis ya al Padre sobre este monte, ni en Jerusalem, porque siendo Dios espíritu y verdad, quiere ser adorado de todo el mundo en espíritu y verdad; y este culto no está aligado á un lugar particular; porque estando Dios en todas partes, quiere que en todas partes le tributemos nuestros homenages; y en todas partes está pronto á recibir nuestros respetos y nuestros votos. La muger admirada cada vez mas de la sabiduría y ciencia profunda del que hablaba con ella, replicó: Sé que el Mesías ha de venir; y cuando viniere, nos instruirá y desvanecerá todas nuestras dudas. Díxola entonces Jesus, que él era el Mesías, y que no debía esperar ótro que el que hablaba con ella.

Estando en esto, llegaron los discípulos, y quedaron

admirados de verle en conversacion con aquella muger; la cual, rindiéndose á las impresiones de la gracia, dexó su cántaro, se volvió en diligencia á la ciudad, y dixo á voces á los habitantes, que habia encontrado un hombre que la habia dicho todo cuanto habia hecho de mas secreto; y que no dudaba que el tal era el Mesías. Entretanto los discípulos instaban al Señor para que comiese; pero les dixo que su alimento era hacer la voluntad del que le habia enviado, y perfeccionar su obra. A este tiempo se vió venir una infinidad de gentes de Sicár por ver al nuevo profeta: dióles golpe su sola presencia, se sintieron con una veneracion extraordinaria hácia él, y le rogaron con muchas instancias, contra lo que acostumbraban, se dignase hacer alguna mansion en su pais. El Salvador se detuvo dos dias con ellos; y con sus conversaciones encendió tan bien la fe en aquellos corazones, que muchos creyeron en él, y decian á la muger: Ya no creemos en él por lo que tú nos has dicho, sino porque nosotros mismos le hemos oido, y sabemos que es el verdadero Salvador del mundo, y el Mesías que esperamos.

## §. XVIII.

*Predica el Salvador en Nazaret.*

Despues de haberse detenido el Salvador dos dias en Sicár ó Siquen, se fué á Nazaret con sus discípulos. La fama de los prodigios que habia obrado en Jerusalem y Galilea á vista de tantas gentes, hacian que en todas partes fuese mirado como un hombre extraordinario á quien obedecia toda la naturaleza. Solos los de Nazaret, la que el Señor miraba como su patria, verificaron el proverbio que dice, que ningun profeta es venerado y honrado en su pais. El sábado siguiente fué Jesus á la sinagoga, como tenia de costumbre; y habiéndose levantado para leer, le presentaron el libro del profeta Isaías; abrióle; y le salió este pasage (*Luc. 4.*): *El espíritu del Señor ha reposado sobre mí; y porque me ha ungió, me ha enviado á predicar á los pobres para que sane á los que tienen el corazón oprimido de tristeza; para que anuncie*

á los cautivos la libertad, y el recobro de la vista á los ciegos, para que libre á los que están oprimidos, para que publique el año dichoso del Señor, y el día en que se hará justicia (Isai. 61).

Habiendo leído este pasage, rolló el libro que era un rollo de vitela, al modo de los antiguos; y empezó á mostrarles que aquella escritura se habia cumplido en su persona: habló con tanta gracia y unción, y de un modo tan persuasivo y tan divino, que no hubo uno que no confesase que ningun hombre habia hablado jamás tan bien como él.

Sin embargo, la cualidad del Salvador y de Mesías que se habia atribuido, chocó á muchas personas: ¿Cómo es esto? decian. ¿No es este el hijo de José? ¿no sabemos lo baxo de su condicion? ¿el hijo de un pobre artesano puede ser el Mesías? ¿es esta la idea que nos diéron nuestros padres de un enviado de Dios que debe ser el Salvador de su pueblo, y el que ha de establecer el reyno de Israel? Estos pensamientos comunicados de unos á otros empezaron á indisponer contra el Señor unos corazones exasperados ya de ante mano por una maligna envidia. El Salvador, á quien nada se ocultaba, conociendo su mala disposicion, previno sus murmuraciones y sus quejas, diciéndoles: Sin duda me diréis lo del antiguo proverbio: Médico, cúrate á tí mismo: si eres tan poderoso en obras, como en todas partes se dice, y como tú quieres hacérselo creer, sácate á tí mismo del estado pobre en que vives, saca de miserias á tus padres, haz en favor de tus conciudadanos los prodigios que has hecho en países extraños, y no te olvides de tus compatriotas; pero yo os responderé con otro proverbio, que dice: que ningun profeta está con aceptación en su patria; sed tan dóciles, y estad tan bien dispuestos á recibir mi doctrina como los de Cafarnaun, y yo haré entre vosotros los mismos prodigios.

Unos avisos tan saludables, y unas tan prudentes instrucciones, tomadas por los de Nazaret como unas convenciones que el Salvador les hacia, acabaron de exasperar aquellos malos corazones hasta echarle tumultuosamente de la sinagoga; y persiguiéndole de tropel hasta fuera de la ciudad, que estaba edificada en el declive de

un monte, determináron precipitarle; pero Jesus, sin inmutarse nada, atravesó tranquilamente por medio de aquel furioso populacho, sin que nadie osase insultarle, ya sea porque se hubiese hecho invisible, como creen algunos intérpretes, ya porque por un efecto de su omnipotencia, como es mas probable, hubiese quitado á aquellos furiosos el poder de executar su depravada intencion, habiéndolos hecho como inmóviles. Dexando el Salvador á Nazaret, se retiró á Cafarnaun, en donde hizo después su mas larga mansion, y en donde empezó á anunciar su evangelio, el que debia colmar de toda suerte de dichas á los hombres de corazón recto y de buena voluntad, como lo habian publicado los ángeles al tiempo de su nacimiento.

Pasando Jesus por la ciudad de Caná, vió venir hácia sí un oficial del rey que venia á suplicarle se dignase curar á un hijo suyo que estaba enfermo de peligro en Cafarnaun: el Salvador le aseguró que su hijo estaba bueno; creyólo el oficial, y cuando volvió á su casa, encontró que la fiebre habia dexado al enfermo á la misma hora que Jesus le habia dicho que estaba bueno. Pero la Judea y la Galilea no eran el único objeto de su mision, aunque eran el teatro de sus milagros: el Hijo de Dios habia venido para salvar á todos los hombres; ya era el tiempo de elegirse operarios para una mies tan abundante, y formar discípulos que pudiesen llevar la luz del evangelio á toda la tierra. Paseándose un día para este fin á la orilla del mar de Tiberíades, vió á los hermanos Simon y Andres que echaban sus redes en el mar, pues eran pescadores: díxoles: Seguidme, que os tengo destinados para otro genero de pesca; de hoy en mas lo que cogiereis no serán peces, sino hombres. A estas palabras, los dos hermanos, que hasta entonces se habian contentado con ir á verle algunas veces sin dexar ni su modo de vivir ni su familia, lo dexaron todo al instante, y se fueron en seguimiento de Jesucristo. Pocos pasos mas allá vió el Salvador á otros dos hermanos Jacobo y Juan, que con su padre el Zebedeo remendaban sus redes; díxoles á los dos que le siguieran: su obediencia fue tan perfecta como pronta; y habiendo dexado las redes y al padre en la barca, no dexaron ya mas á Jesucristo.

El sábado siguiente estando el Hijo de Dios en Cafarnaun, se fué á la sinagoga; no se puede decir con qué admiración fué oído, porque dice san Márcos enseñaba como un hombre que tiene autoridad sobre los demás, y no como un mero doctor: hablaba Jesus como maestro; y cuando todos le estaban oyendo como á un oráculo, un hombre poseido del demonio vino á la puerta, y se puso á gritar: ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesus de Nazaret? ¿Has venido á destruirnos? Sé que tú eres el Santo de Dios, sé que eres el Mesías; déjanos en paz. Amenazóle Jesus, y le dixo: Calla, y sal de ese hombre; á esta voz arrojó el demonio al energúmeno en medio de la asamblea, y salió de su cuerpo sin hacerle mal. Habiendo sido testigo de este milagro toda la ciudad, bien presto se extendió la fama por todo el país.

*§. XIX.*  
Otros milagros de Jesucristo.

Alcada paso se veía un nuevo milagro: al salir de la sinagoga, Jesus entró en la casa de Simon Pedro; encontró á su suegra enferma de peligro, y de repente la dió una salud tan perfecta, que se levantó y le sirvió á la mesa. Por la tarde, luego que hubo pasado la solemnidad del sábado, se vió á la puerta de la casa un número prodigioso de enfermos y de endemoniados que habian ido de los alrededores á buscar en él el alivio de sus miserias: les impone Jesus las manos á todos, y todos se vuelven á sus casas perfectamente sanos. El día siguiente al amanecer, habiéndose retirado solo á un lugar desierto, le avisaron sus discípulos que una infinidad de gentes le buscaban para tener el consuelo de verle y oírle. En efecto, vió llegar al instante aquella muchedumbre hambrienta de su palabra, les consoló y les instruyó; y despidiéndoles despues, les dixo: que no habiendo sido enviado para un pueblo solo, era preciso que fuese á anunciar á otros muchos el reino de Dios; es decir, la nueva ley, y los caminos de la salvacion. Habiendo dexado á Cafarnaun, corrió la Galilea predicando, curando enfermos,

resucitando muertos, librando energúmenos, haciendo bien en todos los parages por donde pasaba, y llevando en todas partes el carácter de Hijo de Dios y del Mesías.

Á su vuelta, habiendo llegado junto al lago de Genezaret, se vió de tal modo oprimido por el tropel de gente que le seguía, que le fue preciso entrar en la barca de Simon Pedro, desde donde se puso á enseñar al pueblo: y habiéndole despedido, dixo á Pedro que hiciese andar la barca á un parage mas profundo, y que tendiese las redes para pescar: Ah Señor! le respondió Pedro, toda la noche nos hemos fatigado sin haber cogido nada; pero pues vos lo mandais echaré la red. Habiéndolo hecho así, cogieron una cantidad tan grande de peces, que se rompía la red; y fue menester que los que estaban en la otra barca fuesen á ayudarles; jamás habian hecho pesca tan abundante: llenaron de ella las dos barcas, de modo, que entrámbas casi se iban á fondo. Atónito Pedro de esta maravilla, se arroja á los pies de Jesus, y sobrecogido de un transporte de amor, de humildad y de respeto, exclama: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador, y tú eres el Santo de Dios, el todopoderoso, el árbitro de toda la naturaleza* (Luc. 5.). Embesado Jesus de este sentimiento afectuoso de humildad, le dice: No temas; pues, como ya te he dicho, lo que cogerás de hoy en mas no serán peces sino hombres, y esta pesca, de que la de ahora no es sino una figura, será toda milagrosa: todos los que han venido antes de mí han trabajado en vano toda la noche; solo tú, y los que yo enviaré, tendrán poder para ganar para Dios todo el mundo. De este modo formaba el Salvador á su discípulo para hacerle cabeza visible de su Iglesia, de la que aquella barca y aquella pesca eran figura; y quizá por lo mismo, dice el Evangelista, que aquella barca era de Pedro, sin hacer mencion de su hermano Andres, como tampoco de Jacobo, ni de Juan sus compañeros.

Pocos dias despues, habiendo visto un leproso al Salvador, se postró delante de él, diciendo: Señor, vos podéis libramme de mi lepra solo con que queráis. Yo lo quiero, respondió el Salvador, sin aguardar á que le suplicase por mas tiempo: yo lo quiero, límpiate de ella